

TERCERA PARTE.

Los deberes que nacen, hermanos míos, de las relaciones que tenemos con la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, siguen la misma razón del uso que hacemos de este signo sagrado. Nos signamos en la frente, nos signamos en los labios, nos signamos en el pecho, nos santiguamos en fin; y todo esto precisamente porque tenemos obligaciones que llenar para con esta Cruz adorable en el orden de nuestra razón, en el orden de nuestra voluntad, en todo el sistema de nuestra vida exterior.

San Pablo decía frecuentemente: *yo no quiero saber mas que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado.*¹ ¡Sublime lección, que nos da el Apóstol de las gentes, para santificar con la Cruz nuestra inteligencia y nuestro saber. Los gentiles condenaban la Cruz como una locura; los cristianos debemos reconocerla como la sabiduría de Dios. Esto quiere decir, que debemos sellar con la Cruz nuestro entendimiento, ó lo que es lo mismo, sujetar nuestra razón á la fe, nuestro saber al consejo del Espíritu de Dios, nuestros pensamientos á la humildad. Esto nos manifiesta que debemos alistarnos bajo la bandera de los sencillos y pequeños, para que se nos comuniquen los profundos y sublimes dogmas, las radiantes y divinas luces, que no quiere conceder el Señor á los grandes, á los prudentes y sabios segun el mundo. Esto quiere decir, que la contemplación de los misterios

(1) Epist. I. ad Cor. cap. II, v. 2.

y de los preceptos representados en la Cruz deben tener el primer lugar en el curso de nuestras ocupaciones mentales. Esto quiere decir, que todos los fieles tienen obligación de sellar con la Cruz todos los atributos y todas las producciones del talento y de la razón.

¿Qué no podría decirnos, hermanos míos, si descendiendo á la región de los sentimientos mas íntimos, al asilo impenetrable donde se recogen las emociones mas vivas del corazón, intentara descubrir el tabernáculo que debéis levantar á este signo sagrado? Ah! Poco tendré que añadir á lo que no ha mucho acabo de exponeros, y cuando sabéis muy bien, que un verdadero cristiano tiene siempre la Cruz en su corazón. „*Estáis ya muertos,* decía San Pablo, *y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios.*”¹ ¡Sublime pensamiento, católicos, alta y profunda revelación, que solo comprenden las almas verdaderamente consagradas á la Cruz! Pero, ¿de qué manera hemos de llenar este deber? Primero, amando los padecimientos interiores; segundo, rehusándonos á los placeres delincuentes; tercero, produciendo en nosotros sentimientos verdaderos de una conveniente abnegación. En el curso de estas instrucciones catequísticas se me presentarán varias oportunidades para explayar mas estas ideas. Pasémos al orden exterior, que es el principal objeto de esta plática.

¿*Porqué nos signamos tantas veces?* pregunta nuestro manual catecismo; y responde: *porque en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos.* Si en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos, visto es, católicos, que andamos la carrera de la vida en medio de una deshecha tempestad; y no hai para qué mara-

(1) Ad Colos. cap. III, v. 3.

villarnos de que diga el Apóstol San Pablo, que la existencia humana es una contienda no interrumpida, es un combate que no ha de acabar sino hasta el sepulcro, es una arena que nos recibe desde el nacer, para que ejercitemos en ella, como atletas de Jesucristo, las fuerzas de la naturaleza y de la gracia en la empeñada y peligrosa lucha con el demonio, con el mundo y con la carne. Lucha empeñada, sí, porque no ha de ser coronado, dice el mismo Apóstol, sino el que haya sostenido bien los combates del Señor, no sentirá su rostro inundado con el esplendor de la gloria, sino solo aquel que haya salido victorioso en la noble contienda. *Non coronatur, nisi legitime certaverit.*¹

¿Qué hacer pues, para conquistar ese bien supremo al través de tantos obstáculos? ¿cómo lisonjearse de la victoria en medio de tantos y tan enconados enemigos, y cuando el mas temible de todos ellos es nuestro propio corazón? ¿Cómo? Con el uso constante de la Cruz. Apoderaos de la Santa Cruz, y todo es hecho: tomad esta egida, y seréis inexpugnables: persignaos continuamente en vuestros pensamientos, en vuestras palabras y en vuestras obras, y la gloria será vuestra. Quien está bajo la protección de la Cruz, tiene á Dios de su parte. En este caso, hermanos míos, os preguntaré con San Pablo: „*Si Dios está por nosotros, ¿quién ha de estar contra nosotros? ¿Si Dios no justifica, ¿quién habrá de condenarnos?*”² Tened presente de continuo, que la Cruz y solo la Cruz contiene y encierra toda la luz, todas las armas, toda la fuerza, todo el poder necesario para que triunfemos de nuestros enemigos. ¿Porqué? *por haberlos vencido Jesucristo Nuestro Señor con su muerte en ella,*

(1) II ad Tim. cap. II, v. 5.—(2) Rom. cap. VIII, v. 31 et 34.

Mas no porque os he hablado con tal estrechez de esta necesidad continua de la Cruz, debéis figuraros que os propongo un ejercicio no interrumpido. No: ¡ojalá pudiéramos estar siempre tributando nuestros homenajes á este sagrado madero! ¡ojalá no pasara un instante solo, sin que estuviésemos actualmente abrazados de la Cruz! Pero en la vida humana todo se halla perfectamente combinado así en el orden de la naturaleza como en el orden de la gracia, y si yo debo aplaudir la devoción en la escala de la vida mística, debo tambien ser mui discreto y sobrio cuando hablo del deber. Fijo en esta idea, me limito á indicaros la ocasion, el caso y las circunstancias en que debéis apelar á este recurso.

¿Cuándo es bien usar de la señal de la cruz? pregunta nuestro manual catecismo; y responde: *siempre que comenzáremos alguna buena obra, ó nos viéremos en algun peligro, particularmente en sintiendo alguna tentacion ó mal pensamiento.*

Esta respuesta de nuestro manual catecismo, hermanos míos, encierra grandes y profundas instrucciones. Si bien la meditáis, descubriréis en ella todo el secreto de la vida cristiana. Ya sabéis que en la Cruz está representado Jesucristo con todo su poder; que cubriéndonos con la Cruz, nos cubrimos con el mismo Jesucristo; que portando la Cruz, portamos al mismo Jesucristo; que caminando con la Cruz, caminamos con el mismo Jesucristo; que viviendo con la Cruz, vivimos con el mismo Jesucristo; y que muriendo en la Cruz, morimos en Jesucristo. El uso pues de esta sagrada señal, cuando se verifica en espíritu y en verdad, es el ejercicio práctico de nuestra fe en Jesucristo; y el ejercicio práctico de esta fe nunca dejará de ser en cada uno de los que viven

en Jesucristo una señal infalible de esa especie de omnipotencia cristiana que conquista todos los bienes y aleja de sí todos los males.

¿Qué se infiere de aquí? que haciendo cada uno de los que vivimos su carrera para el último fin, por entre el bien que nos brinda con la felicidad, y el mal que tiende á precipitarnos en la eterna desgracia, nada es tan conveniente y necesario como poner la Cruz de Jesucristo al frente de este bien y al frente de este mal: porque habéis de saber, hermanos míos, que á la vista de este madero sagrado, descienden sobre nosotros para inundarnos todas las gracias que nos hacen santos y felices, y huyen medrosos hasta el abismo todos los enemigos de nuestras almas, enemigos terribles pero impotentes contra la Cruz; enemigos tenaces, pero que desaparecen ante la Cruz: enemigos de que la Cruz nos libra completamente, *por haberlos vencido Jesucristo Nuestro Señor con su muerte en ella.* He aquí por qué tenemos necesidad suma de la Cruz con tanta frecuencia, y mui principalmente debemos usar de ella: primero, *siempre que comenzáremos alguna buena obra,* segundo, *cuando nos viéremos en algun peligro,* principalmente cuando somos acometidos por las tentaciones, ó solicitados al mal por el pensamiento.

Pero que, ¿basta para conseguir unos bienes tan preciosos, para salir triunfantes de los mas terribles encuentros, hacer sobre nosotros la señal de la cruz? ¡Ah hermanos míos! si así fuera, no seria tan rara la virtud ni tan comun el mal sobre la tierra! Apenas hai cristiano que no acostumbre signarse y santiguarse; y sin embargo, son pocos poquísimos los que pueden con su experiencia misma dar un testimonio al poder sublime de

la Cruz. ¿De dónde proviene esta desgracia, hermanos míos? De que usando de este sagrado signo, estamos de ordinario mui léjos del espíritu con que debemos hacerlo, ni tenemos la exactitud y eficacia debidas, ni ponemos la atencion correspondiente, ni ménos procuramos unirnos con la Santa Iglesia y Jesucristo vida nuestra en la intencion con que se debe emplear este divino escudo por todos los cristianos: en suma, por que ó no procurámos adquirir las instrucciones que encierra; ó teniéndolas, apartamos el corazon de los sentimientos que inspira; ó aun poseidos algunas veces de tan elevados y dignos sentimientos, nos limitamos á ellos, esterilizándolos en nuestra conducta, por no llenar cumplidamente los deberes que nos impone el Evangelio respecto de la Cruz.

¿Qué resta pues, hermanos míos? No resta ya, sino que atentos á todo con aquella empeñosa vigilancia que nos mandó tener Jesucristo Señor nuestro, y nos predicaron los apóstoles, principalmente San Pedro y San Pablo, os apliquéis á comprender la Cruz, á amar la Cruz, á usar frecuente y dignamente de la Cruz, conservando las instrucciones que encierra, entrando en los sentimientos que inspira, y observando con inviolable fidelidad la conducta, que propone. Dichosos mil veces vosotros si correspondiendo á la gracia que os invita, os previene, os ilustra y os conforta, encerráis en vuestra alma, como un preciosísimo tesoro, estas instrucciones, estos sentimientos y estas máximas que os he dado acerca de la Cruz. Con las primeras adquiriréis aquella sabiduría sublime á que aspiraba solamente el grande apóstol, que no queria saber mas que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado: con los segundos sentiréis brotar en vuestro corazon esa fecundidad prodigiosa que derra-

ma tantos encantos sobre las santas humillaciones y los santos padecimientos que acrisolan á los justos; y con las terceras llegaréis á ser los señores de vosotros mismos, saliendo siempre victoriosos en los terribles combates en que á cada paso os hallaréis contra el demonio, contra el mundo y la carne: es decir, católicos, que seréis sabios, seréis virtuosos y eternamente bienaventurados.

Sea así: llegue ese dia perdurable, ese dia siempre claro, ese dia sin noche en que recojáis el fruto precioso de estas luces, de estos sentimientos y virtudes, conociendo, amando y poseyendo á Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo por toda la eternidad.—AMEN.



SERMON

SOBRE LA

PERSEVERANCIA CRISTIANA,

PREDICADO

EN EL ULTIMO DIA

DE UNOS

EJERCICIOS ESPIRITUALES.